

---

# PROTECCIÓN Y VULNERABILIDAD DEL PATRIMONIO BIOCULTURAL DEL ENROSO JOSEFINO EN ZAPOTLÁN EL GRANDE, JALISCO

Sarahi Guadalupe Ignacio Morales

---

DOI: <https://doi.org/10.64890/1.4>



FOTO: MARIO CHAVEZ

# Protección y vulnerabilidad del patrimonio biocultural del enroso josefino en Zapotlán el Grande, Jalisco

Sarahi Guadalupe Ignacio Morales

## Introducción

La relación permanente que ha existido entre las comunidades y su entorno natural ha generado una diversidad de expresiones culturales que hoy son comprendidas desde el enfoque del patrimonio biocultural en distintas regiones de México y el mundo. Este enfoque propone la interdependencia entre las prácticas sociales, los saberes tradicionales y la biodiversidad, considerando a las comunidades como agentes determinantes en la producción, reproducción y resguardo de distintos patrimonios (Guarino y Pirondo, 2019). En este sentido, la práctica del enroso josefino en Zapotlán el Grande, Jalisco, se vuelve una manifestación cultural arraigada en la población, la cual se compone de elementos rituales, agrícolas y comunitarios que han sido heredados de forma generacional. Su carácter colectivo, su valor simbólico-religioso y su conexión con la tierra y la flor de cempasúchil, hacen de esta tradición un caso particular de patrimonio biocultural vigente en Zapotlán el Grande. Pese a su importancia y actual vigencia, esta práctica se encuentra actualmente en una situación de vulnerabilidad derivada de distintos procesos de transformación territorial, entre ellos, la expansión urbana, la pérdida de suelos agrícolas y el avance de la agroindustria en los valles que rodean este municipio. Estos factores amenazan la continuidad del ritual del enroso, además de los saberes y prácticas asociadas al cultivo tradicional del cempasúchil, especialmente en lo relativo al resguardo de la semilla y a

los conocimientos sobre su siembra y cuidado. Frente a este escenario, es fundamental desarrollar estrategias de gestión que reconozcan y protejan estos vínculos entre la comunidad, el territorio y la memoria.

El presente trabajo se deriva de la investigación doctoral “Patrimonio cultural inmaterial en el sistema de cargos del enroso josefino en Ciudad Guzmán, Jalisco”, y tiene como objetivo analizar los conflictos entre protección y vulnerabilidad de esta manifestación. Se considera a los derechos culturales como el eje para la salvaguardia, y se busca visibilizar las amenazas que enfrenta esta práctica, así como proponer líneas de acción que contribuyan a su preservación desde la gestión cultural y la participación comunitaria.

### **Claves teóricas para comprender el fenómeno**

Hablar de patrimonio biocultural nos permite comprender las relaciones dinámicas entre los sistemas ecológicos y las prácticas socioculturales de los pueblos. A diferencia de las clasificaciones tradicionales que separan el patrimonio natural del cultural, esta noción enfatiza la interdependencia entre la biodiversidad y la diversidad cultural (Toledo y Barrera-Bassols, 2008). En este sentido, Guarino y Pirono (2019) definen el patrimonio biocultural como un conjunto de bienes materiales e inmateriales que se originan en la interacción histórica que muy frecuentemente se da entre los pueblos y su entorno natural, incorporando conocimientos, prácticas, rituales, tecnologías, paisajes y elementos simbólicos que se transmiten de forma generacional. Desde esta perspectiva es que podemos visibilizar las prácticas comunitarias que, como el enroso josefino en Zapotlán el Grande, incorporan elementos rituales y agrícolas con un significado importante en términos de territorialidad. La producción de la flor de cempasúchil, la selección y resguardo de semillas, así como la organización colectiva para rendir tributo a figuras religiosas, en este caso a la Sagrada Familia, constituyen procesos donde la cultura y la naturaleza se manifiestan de forma conjunta. El reconocimiento del enroso como patrimo-

nio biocultural implica proteger una tradición y salvaguardar los ecosistemas, saberes y relaciones sociales que lo acompañan.

Desde esta visión, la salvaguardia como eje central, es que los derechos culturales también forman parte de esta relación y están presentes en la agencia de las comunidades para acceder, participar y contribuir a la vida cultural, así como a conservar y desarrollar su identidad cultural (Unesco, 2002). Symonides (1998) plantea que los derechos culturales deben comprenderse como parte esencial del respeto a la dignidad humana, ya que garantizan la posibilidad de expresión, transmisión y transformación del patrimonio propio de una comunidad o grupo social. El enroso josefino se entiende entonces como una expresión viva de la identidad comunitaria, cuyo resguardo es un ejercicio legítimo. La conexión con el territorio, la continuidad de los saberes tradicionales y la organización en torno a los sistemas rituales forman parte de una matriz cultural que da sentido a la vida colectiva.

En contextos actuales marcados por la expansión urbana, el avance de modelos económicos extractivos como la agroindustria —que desde hace décadas está en constante crecimiento en Jalisco y distintos estados de México— y el desarrollo inmobiliario, que particularmente se encuentran conectados, el ejercicio de los derechos culturales se vuelve también una forma de resistencia y defensa del territorio como espacio simbólico y vital. El vínculo entre el territorio y la identidad se identifica con la posesión de un espacio físico, e implica una construcción simbólica cargada de afectos, memorias y prácticas cotidianas. En este sentido, proteger el patrimonio biocultural apunta especialmente a conservar elementos materiales o rituales y garantiza que las comunidades puedan seguir significando su territorio desde sus propios marcos culturales. Relacionado con los procesos de conservación, en las últimas décadas diversas prácticas culturales vinculadas a los territorios han sido desplazadas o transformadas debido a procesos de globalización, urbanización acelerada y expansión agroindustrial. Estos fenómenos han

generado condiciones de vulnerabilidad para muchos patrimonios bioculturales, entre ellos el relacionado al enroso josefino, al debilitar los lazos comunitarios, transformar los ecosistemas locales y limitar la reproducción de los saberes tradicionales. La vulnerabilidad del patrimonio biocultural no es solo material, sino también simbólica. La pérdida de biodiversidad de la flora puede llegar a suceder al no tener espacios para la siembra como con el cempasúchil, e implica la desaparición de conocimientos específicos sobre su cuidado y uso ritual, conocimientos que están ligados a formas de vida. Frente a estos procesos, la noción de resiliencia cultural cobra especial relevancia. Este concepto alude a la capacidad de las comunidades para adaptarse a los cambios y preservar elementos fundamentales de su identidad a través de la creatividad, la memoria y la acción colectiva (Ruiz-Mallén y Corbera, 2013). En el caso del enroso, la continuidad de la siembra de la flor y la resistencia comunitaria ante las amenazas externas representan formas de resiliencia que deben ser fortalecidas desde la gestión cultural y las políticas públicas.

Por lo anterior, tanto el patrimonio biocultural, los derechos culturales y las nociones de vulnerabilidad y resiliencia son una construcción conceptual que permite comprender y compartir la complejidad que se vive y vislumbra en el enroso josefino en el contexto actual y futuro. Estas herramientas teóricas permiten analizar los riesgos que enfrentan las prácticas tradicionales frente a las dinámicas de transformación territorial, además de reconocer el potencial de las comunidades para resistir, adaptarse y resignificar sus vínculos con el entorno. La articulación entre cultura, naturaleza e identidad se vuelven prioritarias para diseñar estrategias de gestión cultural que sean pertinentes, participativas y sostenibles, que garanticen la continuidad de expresiones cuyo valor reside tanto en su dimensión simbólica como en su papel activo en la construcción de comunidad y memoria colectiva.

## Contexto del enroso josefino y su dimensión simbólica

La práctica del enroso josefino en Zapotlán el Grande, Jalisco, es una de las expresiones culturales más significativas y antiguas de la región. Su origen se remonta al año 1747, fecha en la que, según fuentes orales y registros locales, arribaron a este territorio las imágenes religiosas de San José, la Virgen María y el Niño Jesús. En respuesta a una serie de calamidades, entre ellas sequías, temblores y saqueos, la comunidad realizó un juramento colectivo para venerar y rendir tributo a estas figuras sagradas. A partir de este compromiso espiritual, se consolidó una festividad que ha perdurado por generaciones, y hoy parte de esta fiesta se manifiesta como un ritual comunitario denominado enroso.

El enroso es una ofrenda floral elaborada con cempasúchil, planta que tiene una gran carga simbólica dentro de la cosmovisión mesoamericana. Esta flor en el contexto mexicano representa la conexión con lo sagrado y lo cíclico de la vida y la muerte, además es un vehículo de memoria y afecto comunitario. Su color, aroma y temporalidad están asociados a la devoción, al ciclo agrícola y a la persistencia cultural. En el caso del enroso josefino, el cempasúchil se convierte en un símbolo central del ritual: es sembrado, seleccionado, cuidado y ofrecido por integrantes de la comunidad, en un proceso que une lo terrenal con lo espiritual. Parte de los procesos que se realizan son los siguientes:

- 1) Recolección y secado de los enrosos: Durante la segunda y tercera semana de noviembre se bajan los enrosos para extraer manualmente las semillas de cada flor, una por una. Este proceso es realizado en comunidad.
- 2) Preparación del terreno: Los capitanes, devotos y voluntarios limpian y aran los terrenos donde se cultivarán las flores. Esta etapa simboliza el inicio del ciclo agrícola.
- 3) Siembra del almácigo: Las semillas recolectadas se plantan en terrenos para formar los almácigos. Este proceso es esencial para garantizar el desarrollo adecuado de las plantas.

- 4) Riego periódico: Las plantas se riegan cada tercer día, excepto cuando hay lluvias. Este cuidado es necesario para mantener su salud durante el crecimiento.
- 5) Trasplante: Cuando los campesuchiles alcanzan aproximadamente quince centímetros de altura, son trasplantados a terrenos más amplios para su desarrollo.
- 6) Inicio del novenario: En las vísperas de la fiesta, se lleva a cabo un novenario, con oración y reflexión comunitaria que preparan espiritualmente a los participantes.
- 7) Bendición de la tierra y corte de la flor: La mañana del corte los voluntarios se reúnen en la casa de los devotos para compartir un alimento y de allí dirigirse a los predios. Antes de iniciar se realiza un ritual de bendición para iniciar la cosecha de las flores, expresando agradecimiento y respeto por los frutos de la tierra.
- 8) Cosecha: La mañana del 20 de octubre se cortan las flores, marcando el inicio de la etapa final del trabajo agrícola. En esta actividad participan al menos una centena de hombres y mujeres de todas las edades.
- 9) Confección de cortinas: Con las flores cosechadas, se crean tiras de aproximadamente un metro largo que se ensamblan para formar las cortinas que adornarán el pórtico de la catedral.
- 10) Elaboración de la lata: Los devotos construyen la estructura que sostendrá las cortinas. La materia prima para estas estructuras es madera, carrizo e ixtle.
- 11) Misa de entrega: Las flores y las cortinas son presentadas durante una misa solemne a los sacerdotes y comunidad como ofrenda y símbolo de fe.

Además de la flor, las imágenes religiosas constituyen otro de los núcleos simbólicos de la festividad. La figura de San José, en particular, funge como

protector y mediador ante los males que aquejan a la población, aunque la función social del enroso trasciende el plano religioso. Se trata de una práctica que moviliza a distintas generaciones, estratos y oficios, conjuntando esfuerzos para la producción agrícola, la logística de la celebración y la disposición de los altares. De esta forma, la festividad fortalece la unión comunitaria y actúa como espacio de encuentro, negociación de significados y reafirmación de identidad colectiva. A través del enroso, la comunidad de Zapotlán el Grande rinde culto a sus santos patronos y se reproduce una forma de vida basada en la cooperación, el respeto por la tierra y la valorización de sus raíces culturales. Por lo que el enroso josefino se identifica como una manifestación de fe y como una práctica cultural integral, donde lo simbólico, lo agrícola, lo espiritual y lo comunitario convergen. Su continuidad depende de la capacidad de la comunidad para preservar los elementos materiales e inmateriales que lo constituyen, así como de las condiciones territoriales que permiten su reproducción. Esta dimensión simbólica es, por tanto, inseparable de las estrategias que se propongan para su protección como patrimonio biocultural.

### **El enroso como patrimonio biocultural en riesgo**

El enroso josefino, además de ser parte de una celebración religiosa, es una expresión del vínculo que la comunidad de Zapotlán el Grande mantiene con su territorio, su memoria colectiva y sus prácticas agrícolas tradicionales. La siembra y el uso ritual de la flor de cempasúchil forman parte de un sistema de conocimientos que se ha transmitido de generación en generación, y que integra técnicas agrícolas, calendarios ecológicos, formas de organización social y valores culturales ligados al trabajo comunitario y al respeto por la tierra. Este saber tiene un valor que constituye una forma de habitar y significar el territorio desde lo simbólico, lo espiritual y lo productivo. Estas prácticas, aunque profundamente transformadas por el avance del modelo

agroindustrial, aún conservan elementos significativos de tradición campesina. Según Macías Macías (2022), en el valle de Zapotlán persisten formas de cultivo asociadas a la milpa, al manejo diversificado de parcelas, al uso de semillas criollas y a la transmisión oral de conocimientos vinculados al clima, al suelo y al ciclo lunar. Estas trayectorias campesinas, aunque presionadas por la expansión de monocultivos, la urbanización y los intereses del capital agroexportador, constituyen una reserva de saberes agroecológicos que son fundamentales para la resiliencia cultural y ecológica del territorio.

La permanencia del enroso josefino en este entorno se sostiene gracias a un conjunto de saberes y prácticas agrícolas tradicionales que han resistido al paso del tiempo. La producción del cempasúchil en el marco del enroso no responde a una lógica comercial ni industrial, sino a una racionalidad comunitaria sustentada en el respeto a los ciclos naturales y en el conocimiento local. El proceso comienza con la selección y resguardo de las semillas, actividad históricamente realizada por familias zapotlenses. Este acto de resguardar la semilla representa una forma concreta de protección biocultural, ya que garantiza la continuidad material de la flor y asegura la permanencia de las prácticas, técnicas y significados que configuran la identidad agrícola del territorio. Entre estos saberes destacan el conocimiento del suelo, el uso de abonos para cada tipo de tierra, la observación de las estaciones y la programación de las siembras conforme al calendario ritual. La siembra del cempasúchil es una actividad colectiva que convoca a vecinos, familias y grupos devocionales, quienes no cultivan por fines de lucro, sino como expresión de fe, gratitud y compromiso con la comunidad. Cada flor sembrada es, en sí misma, una ofrenda viva que encarna los lazos entre lo humano, lo natural y lo sagrado.

En las últimas décadas, sin embargo, estas prácticas se han visto amenazadas por el avance de la agroindustria, cuya expansión ha transformado los paisajes agrícolas de Zapotlán el Grande. El establecimiento de monocultivos, el uso

intensivo de agroquímicos y la incorporación de semillas híbridas han reconfigurado la lógica productiva local, desplazando el conocimiento tradicional y debilitando las estructuras comunitarias. En este contexto, la persistencia del enroso y de la siembra tradicional de cempasúchil debe entenderse como una forma de resistencia cultural ante la homogeneización impuesta por la agroindustria. Sembrar con semillas nativas, rechazar versiones artificiales de la flor, defender el tiempo que exige su cultivo y ritualizar cada etapa del proceso agrícola, son actos que expresan una reafirmación simbólica del derecho de la comunidad a habitar su territorio desde sus propios referentes culturales. Así, el enroso josefino sobrevive a las transformaciones del entorno y se reafirma como un espacio de reapropiación cultural y defensa de la autonomía local. Este vínculo entre biodiversidad y cultura se manifiesta claramente en el caso del cempasúchil, cuya pérdida no solo implicaría la desaparición de una especie vegetal, sino también la erosión de los saberes, valores y prácticas que le dan sentido. La biodiversidad cultivada, en este caso, está ligada con la identidad zapotlense, y es precisamente este entrelazamiento lo que convierte al enroso en una práctica esencial para la sostenibilidad cultural y ecológica del territorio.

Proteger el enroso implica, por tanto, salvaguardar un modo de vida que privilegia la cooperación sobre la competencia, el cuidado sobre la explotación y el sentido colectivo sobre la lógica utilitaria. Su sostenibilidad no puede medirse en términos de productividad económica, sino en su capacidad para generar vínculos comunitarios sólidos, promover la transmisión intergeneracional del conocimiento y mantener una relación armónica con la naturaleza. Frente al avance de modelos que amenazan con desestructurar los sistemas agroecológicos tradicionales, resulta urgente implementar estrategias de gestión cultural que involucren activamente a la comunidad y promuevan acciones como bancos comunitarios de semillas, ferias agroecológicas, talleres intergeneracionales y el reconocimiento institucional del

enroso como patrimonio cultural por el Estado. Estas iniciativas, lejos de ser acciones aisladas, constituyen la base de una política cultural orientada a la resiliencia biocultural del territorio.

### **Factores de vulnerabilidad: urbanización y agroindustria**

La continuidad del enroso josefino como patrimonio biocultural enfrenta hoy múltiples amenazas que provienen de transformaciones estructurales en el territorio. Entre ellas, destacan dos procesos interrelacionados: la expansión urbana y el avance de la agroindustria, ambos asociados a un modelo de desarrollo que tiende a desplazar las prácticas tradicionales, fragmentar los vínculos comunitarios y alterar los ecosistemas locales. Estos factores representan condiciones de vulnerabilidad no solo para el ritual en sí, sino también para las bases materiales, simbólicas y sociales que lo sustentan.

En las últimas décadas, Zapotlán el Grande ha experimentado un crecimiento urbano acelerado que ha impactado directamente en las dinámicas rurales y campesinas del municipio. Este crecimiento, estimulado por la llegada de trabajadores vinculados al sector agroindustrial, ha generado una mayor demanda de vivienda y servicios, lo cual ha derivado en la creación de nuevos fraccionamientos, zonas habitacionales y centros comerciales, muchas veces sobre tierras que anteriormente estaban destinadas al cultivo tradicional. La expansión urbana, en este sentido, ha provocado una pérdida significativa de suelo agrícola, especialmente en zonas donde se sembraba la flor de cempasúchil destinada al enroso. Este fenómeno no es exclusivo de Zapotlán, sino que responde a una lógica más amplia de urbanización descontrolada que afecta a múltiples regiones del país. Como advierte Svampa (2008), la urbanización contemporánea se ha articulado con la lógica del capital extractivo, generando procesos de desterritorialización que debilitan las formas locales de habitar, producir y organizar la vida social. En el caso del enroso, esta situación se traduce en la reducción

del espacio cultivable, el encarecimiento del acceso a tierras y la fragmentación del paisaje ritual, afectando no solo la práctica agrícola sino también la organización espacial del evento festivo.

La pérdida de tierras implica también la ruptura de relaciones intergeneracionales de cuidado del territorio. Muchas familias que anteriormente participaban en el cultivo del cempasúchil han tenido que migrar a otras formas de trabajo, alejándose de las labores agrícolas y debilitando la transmisión de conocimientos ligados al ciclo ritual. De esta manera, el proceso de urbanización no solo transforma el entorno físico, sino que incide directamente en la memoria agrícola y en la viabilidad de las prácticas culturales asociadas al territorio. Paralelamente al avance urbano, la región de Zapotlán el Grande ha sido objeto de una fuerte expansión agroindustrial impulsada por la demanda global de productos como el aguacate, las berries y la caña de azúcar. Este modelo de producción intensiva ha favorecido el establecimiento de monocultivos extensivos, el uso masivo de agroquímicos, el acaparamiento de agua y la dependencia de semillas comerciales, generando una transformación profunda de las formas tradicionales de cultivo. Como señalan Altieri y Nicholls (2000), los sistemas agroindustriales tienden a desplazar la biodiversidad cultivada y los conocimientos campesinos, al imponer una lógica extractiva que privilegia la eficiencia económica sobre la sustentabilidad ecológica y cultural.

En este contexto, las prácticas vinculadas al enroso, como el uso de semillas nativas de cempasúchil, los tiempos largos de siembra y el trabajo colaborativo, resultan cada vez más difíciles de sostener. Las parcelas que antes se destinaban al cultivo ritual son ahora ocupadas por plantaciones comerciales que responden a calendarios de exportación y a estándares de calidad ajenos a las necesidades culturales de la comunidad. Esta situación genera un conflicto entre dos lógicas: una que busca maximizar la rentabilidad y otra que prioriza el sentido, la devoción y la identidad.

La agroindustria, además, ha modificado los horarios laborales y las formas de vida en la región. Muchos campesinos han pasado de ser productores autónomos a jornaleros en campos de cultivo ajenos, lo cual debilita su vínculo con la tierra, limita su capacidad de decisión y precariza sus condiciones de vida. Tanto la urbanización como la agroindustria han generado cambios importantes en la estructura social de Zapotlán el Grande. Se observa, de a poco, un debilitamiento de las redes comunitarias tradicionales, una pérdida del sentido de pertenencia territorial y una fragmentación generacional que afecta la transmisión de saberes culturales. En muchos casos, los jóvenes se ven alejados de las prácticas agrícolas y festivas, ya sea por la migración, por la inserción en trabajos ajenos a la tierra, o por la creciente desvalorización de lo local frente a los referentes globales de modernidad. Como plantea Macías Macías (2022), estos procesos de transformación generan disputas por el territorio no solo en términos materiales sino también simbólicos. El riesgo no es únicamente la desaparición del ritual del enroso, sino la pérdida de una forma de vida que articula memoria, trabajo y espiritualidad.

La continuidad del enroso josefino está entonces condicionada por la capacidad de la comunidad para sostener sus prácticas en un entorno cada vez más hostil y por la urgencia de implementar estrategias de gestión cultural que reconozcan y fortalezcan el papel de la cultura como motor de resiliencia y sostenibilidad territorial.

### **Gestión cultural y propuestas de salvaguardia**

Frente al avance de procesos de transformación territorial que amenazan la continuidad de prácticas tradicionales como el enroso josefino, la gestión cultural se vuelve una herramienta fundamental para unir esfuerzos que permitan su protección, fortalecimiento y sostenibilidad. Desde una perspectiva integral, la gestión del patrimonio biocultural requiere tanto del reconocimiento institucional como de la participación activa de las comunidades

portadoras, la apropiación social del patrimonio y la implementación de políticas culturales sensibles al contexto local.

En las últimas décadas, la gestión cultural ha dejado de concebirse únicamente como un conjunto de procedimientos técnicos para el resguardo de bienes, y ha pasado a entenderse como un proceso político, participativo y situado que articula memoria, territorio y derechos (Bruno, 2010). En este sentido, el caso del enroso exige una aproximación que reconozca su valor como patrimonio biocultural y su función como espacio de reproducción simbólica, social y ecológica. Una gestión cultural comprometida con la protección del enroso debe partir del principio de que el patrimonio no es una herencia muerta, sino una construcción viva, negociada y en transformación constante (Smith, 2006). Esto implica reconocer a los actores comunitarios, productores, devotos, sembradores, encendedores y organizadores como sujetos legítimos en la toma de decisiones sobre las formas de transmisión, modificación y uso de la práctica. La participación de estos actores es clave para evitar procesos de apropiación externa que despojen al enroso de su sentido profundo. Además, se requiere fortalecer las capacidades locales para la gestión autónoma del patrimonio. Esto puede lograrse mediante la formación en herramientas de planeación cultural, documentación comunitaria, investigación participativa y uso de tecnologías accesibles para el registro, difusión y conservación de saberes. En este punto, las universidades, colectivos culturales, radios comunitarias y organizaciones civiles pueden desempeñar un papel mediador y de acompañamiento, respetando siempre los tiempos, decisiones y códigos de la comunidad.

La protección del enroso josefino debe inscribirse también en el marco de los derechos culturales, entendidos como parte integral de los derechos humanos. De acuerdo con Symonides (1998), los derechos culturales garantizan a los pueblos y personas el acceso, la participación y la continuidad de sus expresiones culturales, así como la posibilidad de desarrollar su identidad

colectiva en armonía con sus propias cosmovisiones. La Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural (Unesco, 2002) refuerza esta visión al señalar que la diversidad cultural es un patrimonio común de la humanidad y su defensa se convierte en un imperativo ético inseparable del respeto a la dignidad humana. En este marco, el enroso debe ser comprendido como parte de un ecosistema cultural que sostiene la vida comunitaria y que, por tanto, merece ser protegido desde un enfoque de justicia cultural. La resiliencia del enroso, su capacidad de adaptarse y mantenerse vigente a pesar de las adversidades, depende en gran medida de que se le reconozca como un derecho de la comunidad a conservar sus formas de vida en un territorio amenazado por intereses económicos ajenos a su cultura.

Para garantizar la continuidad del enroso josefino es necesario implementar estrategias de salvaguardia que combinen acciones culturales, ecológicas y políticas. Entre ellas, se pueden destacar las siguientes:

- Reconocimiento legal y patrimonial: Promover el reconocimiento del enroso como patrimonio cultural a nivel municipal, estatal o nacional, como medio para visibilizar su importancia y canalizar recursos para su protección.
- Fortalecimiento de bancos comunitarios de semillas: Apoyar la conservación y circulación de semillas nativas de cempasúchil mediante bancos comunitarios que integren conocimientos técnicos y saberes ancestrales.
- Educación patrimonial e intergeneracional: Implementar programas educativos que fomenten el conocimiento del enroso, su historia, sus símbolos y su vínculo con la agricultura y el territorio.
- Talleres comunitarios: Fomentar espacios de encuentro donde se compartan saberes sobre cultivo tradicional, elaboración de ofrendas, narrativas festivas y experiencias de resistencia.

- Protección del territorio agrícola: Incidir en políticas de uso de suelo que frenen el cambio indiscriminado de vocación agrícola a urbano, y que reconozcan los paisajes festivos y agrícolas como parte del patrimonio comunitario.
- Documentación audiovisual participativa: Impulsar procesos de memoria audiovisual realizados por la propia comunidad, que registren rituales, procesos de siembra, organización y participación social.

Estas acciones deben partir de un enfoque participativo que reconozca la especificidad del enroso como una práctica cultural viva, en constante diálogo con su entorno. Solo a través de una gestión cultural integral, respetuosa y comprometida con los derechos de las comunidades será posible preservar esta expresión de resistencia biocultural frente a los embates del modelo de desarrollo dominante que se vive en Zapotlán el Grande.

## Conclusiones

Hablar del enroso josefino es hablar de una tradición viva que conecta la fe, la tierra y la comunidad. A lo largo de este texto queda claro que no solo hablamos de una festividad religiosa sino de una práctica arraigada que comprende conocimientos agrícolas, relaciones sociales, saberes heredados y vínculos simbólicos con el territorio. En este sentido, el enroso es mucho más que una costumbre: es una forma de resistir, de cuidar lo propio y de celebrar la vida en colectivo.

Sin embargo, también es evidente que esta práctica está en riesgo. El crecimiento urbano desordenado, la pérdida de suelos de cultivo y la presión de la agroindustria han ido limitando el espacio físico, social y simbólico necesario para que el enroso siga existiendo como hasta ahora. Cada vez es más difícil sembrar cempasúchil de manera tradicional, guardar las semillas, organizarse colectivamente y sostener el sentido profundo que da

origen a esta festividad. Ante este panorama, es urgente repensar la manera en que protegemos este tipo de patrimonios. La gestión cultural puede ser una gran aliada si se entiende como una forma de acompañar y fortalecer lo que la propia comunidad ya hace: cuidar, sembrar, organizar, recordar. Las propuestas de salvaguardia que incluye los bancos de semillas, talleres, ferias, proyectos educativos y reconocimientos oficiales, solo tendrán sentido si nacen desde lo local y si respetan los tiempos, voces y formas de quienes sostienen esta tradición con sus propias manos. Proteger el enroso no es congelarlo en el pasado, es asegurar que pueda seguir transformándose sin perder su esencia. Es confiar en que las prácticas comunitarias, cuando son respetadas y apoyadas, tienen la fuerza suficiente para seguir floreciendo incluso en medio de los cambios. Y es, sobre todo, reconocer que, en la flor del cempasúchil, en la semilla guardada y en el gesto de ofrecer, late todavía una forma de habitar el mundo con respeto, memoria y esperanza.

## Bibliografía

- Altieri, M. A. y Nicholls, C. I. (2000). *Agroecología: Teoría y práctica para una agricultura sustentable*. PNUMA.
- Bruno, C. (2010). *La gestión cultural como práctica transformadora*. Ministerio de Cultura de la Nación.
- Guarino, G. B. y Pirondo, A. (2019). Patrimonio biocultural y resiliencia en los pueblos indígenas del Chaco, Argentina. *Inventio*, 15(35), 33-43. Disponible en: <https://revistas.natura.unsa.edu.ar/index.php/rfcn/article/view/300/280>
- Macías Macías, A. (2022). Disputas territoriales y trayectorias campesinas en el valle de Zapotlán, Jalisco. *Revista Argumentos*, 35(98), 165-185. Disponible en: <https://argumentos.xoc.uam.mx/index.php/argumentos/article/view/1015>
- Ruiz-Mallén, I. y Corbera, E. (2013). Conservación comunitaria y conocimientos ecológicos tradicionales: Implicaciones para la resiliencia socioecológica. *Ecología y Sociedad*, 18(4), 12. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/26269393>
- Symonides, J. (1998). Los derechos culturales: Una categoría olvidada de los derechos humanos. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 50(158), 559-572.

Svampa, M. (2008). *La sociedad excluyente: La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.

Toledo, V. M. y Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Icaria Editorial.

Unesco (2002). Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural. Disponible en: <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000127162>